

El modelo de las emociones



Hemos sostenido que, si bien el lenguaje constituye a los seres humanos como el tipo de ser que somos, no podemos prescindir de otros tres dominios primarios en nuestra existencia. La prioridad que le asignamos al lenguaje, considera que éste no es el único dominio relevante para comprender el conjunto del fenómeno humano. Además del lenguaje, señalamos, reconocemos el dominio del cuerpo, el dominio de la emocionalidad y el dominio del algo más que unos lo denominan intuición y otros fe.

Si bien los fenómenos de cuerpo, de la emocionalidad y del lenguaje no pueden ser reducidos a un dominio diferente del que ellos mismos constituyen, no es menos cierto que ellos establecen entre sí relaciones de coherencia y, por lo tanto, lo que acontece en uno de ellos condiciona lo que sucederá en el otro. Posturas físicas, emocionalidad y lenguaje se comportan entre sí de manera congruente y se influyen mutuamente.

Lo anterior tiene, al menos, tres implicaciones. La primera guarda relación con la necesidad de explicar las condiciones que aseguran la mencionada coherencia. Ella no puede ser dada por sentada, como si no necesitara de una explicación. En otras palabras, no podemos considerar obvio o simplemente natural el que estos cuatro dominios mantengan entre sí relaciones de coherencia. Es necesario mostrar por qué ello sucede y cuáles son los mecanismos a través de los cuales se produce la influencia de un dominio fenoménico sobre otro.

La segunda implicación guarda relación con el hecho de que, de existir tal coherencia, ello abre la posibilidad de utilizar cualquier dominio para referirse a los otros tres. En otras palabras, cabe «traducir» los fenómenos de un dominio, en fenómenos correspondientes a los otros. En la medida en que tanto, posturas físicas, emocionalidad, lenguaje e intuición se «corresponden», podemos acceder a cada uno a través de los demás.

Este proceso de «traducción» lo llamamos «reconstrucción». Ello nos permite decir, por ejemplo, que podemos realizar una «reconstrucción corporal» de un determinado juego de lenguaje, o acometer una «reconstrucción lingüística» de una determinada emoción.

La tercera implicación remite al hecho de que, más allá de la posibilidad anteriormente aludida de la «traducción» o de la «reconstrucción», la coherencia de estos tres dominios abre un espacio importante de diseño e intervención. Dada tal coherencia, nos cabe esperar que las transformaciones producidas en un determinado dominio, se traduzcan en modificaciones en los demás. Existe, por lo tanto, todo un campo de intervenciones indirectas a través de las cuales, por ejemplo, una modificación emocional puede perfectamente modificar nuestras conversaciones, nuestra postura física y alertar nuestra intuición.

Esta tercera implicación tiene a la vez su lado negativo. En razón de la relación de coherencia entre estos cuatro dominios primarios, por un lado, las posibilidades de intervención se expanden; pero, por otro lado, también se limitan. Este aspecto posee una gran relevancia en la práctica del «coaching ontológico» y en sus condiciones de eficacia.

A menudo cambios en uno de los dominios no logran conservarse, debido a la presión de coherencia que proviene de los otros tres. Ello obliga muy frecuentemente a intervenir simultáneamente en los cuatro dominios para asegurar que, las transformaciones producidas en uno de ellos, se encuentren con cambios que les sean coherentes en los otros.

No basta, por ejemplo, con inducir un cambio en el tipo de conversaciones que una persona tiene, si la emocionalidad en la que se halla es aquella que es coherente con las conversaciones del pasado. De no intervenir simultáneamente en la emocionalidad, el cambio en las conversaciones corre el peligro de no conservarse y, por lo tanto, de ser efímero.

Los seres humanos nos constituimos como tales en nuestra corporalidad, en nuestra emocionalidad, en nuestras conversaciones e intuición. Tenemos un cuerpo, unas emociones, conversaciones e intuiciones que nos sobrevienen y, en el «tenerlos», como en las experiencias que ellos generan, estos cuatro dominios fenoménicos son irreductibles entre sí, independientemente de la posibilidad de reconstruirlos o de intervención indirecta. De allí que los denominamos dominios primarios.